

## **MANIFESTACIONES ESTUDIANTILES EN CHILE.**

### **Un relato autoetnográfico de la indignación**

**Roberto FERNÁNDEZ DROGUETT**

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile (Chile)

robertof@uchile.cl

#### **STUDENT DEMONSTRATIONS IN CHILE. An autoethnographic narrative of the indignation**

**Resumen:** En este trabajo se abordarán las manifestaciones estudiantiles de los años 2011 y 2012 en Chile y cómo estas manifestaciones dan cuenta de una indignación que remite tanto al sistema educacional chileno como a un descontento más generalizado relativo al sistema económico y político. Asimismo, este trabajo propone considerar a estas manifestaciones como una de las expresiones más visibles de un conjunto de manifestaciones ciudadanas caracterizadas por la emergencia de un nuevo tipo de ciudadano. El fundamento metodológico de este trabajo se encuentra en la autoetnografía, entendida como una forma de investigación donde se cruzan la posición del investigador con su posición como actor social. En este caso dicho cruce se encuentra en mi participación en las manifestaciones aquí analizadas, como académico y como ciudadano comprometido con las luchas sociales y políticas de estos últimos años.

**Abstract:** This paper will address the student demonstrations of 2011 and 2012 in Chile and how these manifestations realize indignation that refers to both the Chilean educational system as a more widespread discontent on the economic and political system. Furthermore, this paper proposes to consider these manifestations as one of the most visible citizen expressions of a set of demonstration citizen characterized by the emergence of a new type of citizen. The methodological basis of this work is based on the autoethnography, understood as a form of research where they cross the researcher's position with its position as a social actor. In this case the crossing is in my participation in the demonstrations here analyzed, as an academic and as a citizen committed to the social and political struggles of recent years.

**Palabras clave:** manifestaciones estudiantiles. Chile. Ciudad. Ciudadanía. Autoetnografía  
student demonstrations. Chile. City. Citizens. Autoethnography

## I. Introducción

Abordar el fenómeno de la indignación del año 2011 y 2012 (en muchos países se sigue desarrollando) implica referirse a un proceso que tiene elementos comunes y diferenciados según cada país. En una columna de análisis del diario mexicano Vanguardia, Marcos Roitman (2011) plantea que estas manifestaciones tendrían en común ser el resultado de la acumulación de descontento respecto del sistema político y económico imperante y tener como uno de sus horizontes principales la recuperación de una ciudadanía inclusiva basada en la libertad y la democracia:

“Las actuales movilizaciones son el resultado de un lento proceso donde se reúnen fuerzas, experiencias, y el malestar se organiza. Cuando se reivindica “democracia, libertad y justicia”, y se protesta contra la corrupción de los partidos políticos, el poder omnímodo de banqueros y el capital financiero, las políticas de ajustes, el paro juvenil, el sistema electoral, la privatización de la salud, la enseñanza o el calentamiento global, se desnudan sistemas políticos donde prima la injusticia, la desigualdad y la explotación” (Roitman, 2011: 5).

En Chile la indignación ha tenido rasgos propios cuyo elemento más visible han sido las protestas estudiantiles, las que serán el foco de este trabajo. Sin embargo, estas protestas le han quitado visibilidad a otras manifestaciones de altísima convocatoria aunque de menor impacto mediático, como las relativas a luchas ecologistas, mapuches y sexuales. En este sentido las manifestaciones estudiantiles son solamente la punta del iceberg de un descontento transversal de la sociedad chilena. Mayol y Azócar (2011) y Mayol (2012) vinculan estas movilizaciones a una crisis de las instituciones y a un creciente malestar con el modelo económico y político imperante. En palabras de Mayol (2012: 98) “el malestar dejó de mantener a los individuos adaptados y pasó a ser combustible de lo contrario, energía de disidencia, de ruptura, necesidad de cuestionarlo todo”. Este modelo es considerado por diversos autores como una herencia de la dictadura militar (1973-1990) que ha tenido como una de sus características la restricción de la participación ciudadana y de la movilización social. Como sostiene Moulian:

“Para asegurar el retorno a la democracia, para evitar que los militares tuvieran argumentos para quedarse, era indispensable mantener la moderación, la centralización de las decisiones. Cualquier intento de movilizar fue motejado de peligroso en función de la ansiada materialización de la posibilidad democrática” (Moulian, 1998: 352).

Del Campo (2004) por su parte plantea que los partidos políticos instauraron un modelo cultural de la “reconciliación nacional”, caracterizado por el aplacamiento de la movilización social y la construcción de un nuevo tipo de ciudadanía, orientada a la normalización de la vida democrática bajo la imposición de importantes restricciones al ejercicio del derecho a manifestarse. Para Opazo (2009), las condiciones políticas de gestión de la conflictividad social impuestas con posterioridad a la dictadura y la crisis más global de la concepción moderna del espacio público como espacio de representación política han tenido como consecuencia un desperfilamiento de lo político entendido como participación ciudadana:

“En el caso chileno, la disolución o suspensión prolongada de numerosos espacios de colectividad, particularmente aquellos vinculados a lo político,

generó una transformación radical de las formas de lo político, donde lo público debió reinventarse desde lo domiciliario y las identidades políticas debieron reconstruirse desde lo más precario de los individuos, desde su materialidad, su corporalidad amenazada por la violencia de Estado” (Opazo, 2009: 100).

Sin embargo para Mayol (2012) las restricciones institucionales a la participación y expresión ciudadana tiene un carácter histórico que supera ampliamente los últimos años de nuestra historia,

“Las instituciones han operado en Chile como un sustituto de la polis. El siglo XIX en Chile fundamentó el orden institucional en la necesidad de reemplazar las decisiones de la ciudadanía, considerada inmadura e ignorante, por una base institucional capaz de preservar la república y el bien común desde la sabiduría de las oligarquías” (Mayol, 2012: 79).

Ese orden institucional, más allá de las transformaciones de la sociedad chilena, se ha mantenido en lo esencial en estos mismos términos expresados, y en este sentido la crisis que han implicado las manifestaciones del 2011 y 2012 efectivamente trascienden la historia reciente de nuestro país. Hoy en día la expresión ciudadana, que puede considerar desde la noción de indignación, se inscribe no solamente en la lucha por cambios significativos del modelo educacional y la crítica a cómo se han gestionado otros aspectos del sistema social y político como el desarrollo energético y su impacto en la naturaleza y la vida de las personas, sino también en una reconfiguración del ciudadano y de su rol en el sistema político. Como señalan Mayol y Azócar:

“Entendiendo que fundamentalmente el método de movilización fueron la protesta callejera, la performance en los espacios públicos, el paro de actividades docentes y la toma de establecimientos educacionales; se puede asumir que el dato representa un cambio significativo en la visión sobre la expresión pública del desacuerdo y la reivindicación de derechos” (Mayol y Azócar, 2011: 172).

En este trabajo se revisarán algunas características y efectos de este proceso de indignación, de modo de dar cuenta de este proceso como un proceso de indignación que no se circunscribe al tema estudiantil y que ha contribuido a una reconfiguración de la acción ciudadana. Este trabajo se basa de manera general en investigaciones relativas al uso político del espacio público y de modo específico en mi participación en muchas de las manifestaciones que se revisarán aquí, participación motivada no solamente por un interés académico sino también político y ciudadano. En consecuencia, el referente metodológico es el de la autoetnografía, la que puede entenderse como una forma de investigación cualitativa caracterizada por el cruce entre el lugar del investigador y su posición como actor social del fenómeno que investiga, lo que conecta la experiencia personal con el contexto social en que ésta se desarrolla. Reed-Danahays define a la autoetnografía como “una forma de auto narración que ubica al self en un contexto social” (Reed-Danahays, 1997: 9). Para Reed-Danahays (1997) así como para Denzin y Lincoln (2000), la autoetnografía se inscribe en un amplio movimiento crítico en las ciencias sociales y las metodologías cualitativas de investigación, caracterizado por la influencia de los planteamientos postmodernos que cuestionan los fundamentos positivistas de las ciencias sociales dominantes. Denzin y Lincoln (2000) sostienen que la aparición de estas perspectivas es parte de la crisis de representación de las formas tradicionales de investigar, las que buscaba dar cuenta objetivamente de una realidad independiente de la mirada del investigador. Esta concepción es desplazada por

una comprensión del proceso de investigación que lo considera como la producción de una versión interpretativa de la realidad social, que en el caso de la autoetnografía tiene como eje la experiencia del investigador.

Frente a los estilos de escritura más distantes e impersonales de la investigación tradicional, basada en la difuminación del lugar desde el cual se investiga, la autoetnografía propone una escritura en primera persona, desde la cual se especifica la figura del autor, su mirada particular sobre el tema en estudio y las condiciones a partir de las cuales se produce dicha mirada. En la medida que se asume que la investigación se desarrolla desde una posición particular, el lugar del investigador / actor, la escritura del texto debe realizarse desde “uno mismo” (Esteban, 2004). Es decir en primera persona, no sólo por una coherencia estilística con la perspectiva metodológica, sino también para dar cuenta de los supuestos y puntos de vistas que al mismo tiempo constriñen y posibilitan la mirada del investigador.

En la autoetnografía, la interpretación del investigador no se sustenta en una mirada externa, sino en una mirada interna, pero crítica. La autoetnografía no busca la aceptación complaciente de las interpretaciones del contexto social investigado, que es el propio contexto del investigador, sino una mirada crítica que pueda dar cuenta de la variedad discursiva del contexto en cuestión,

“La interpretación no es comprobable, sino aceptable en virtud de su coherencia, persuasividad, argumentación. La interpretación intenta comprender y comprender es “ver”, y después de haber visto, no intenta explicar, que sería transmitir lo visto, sino hacer comprender, “hacer ver” (Fernández, 1994: 118).

Es necesario reconocer que investigar desde “uno mismo” en términos de Esteban (2004) no goza de gran aceptación en los márgenes más tradicionales de las ciencias sociales. No todos los investigadores, probablemente ni siquiera la mayoría, están dispuestos a abandonar la pretensión de un conocimiento que no esté teñido por la subjetividad del investigador. Como sostiene Esteban (2004), un reproche frecuente que demuestra este rechazo apunta a la sobre-personalización de este tipo de investigación:

“La supuesta insistencia en cuestiones excesivamente personalizadas, individualizadas, y el dejarse llevar por la emoción, o por la impronta de la experiencia. Detrás de esta actitud paternalista, sólo aparentemente generosa, sale a la luz una cuestión crucial para la disciplina: el sancionamiento que se hace sobre lo que se puede y no se puede contar, que no es más que nuevamente una expresión del miedo al posible descontrol que caracteriza nuestra cultura de una manera general, y que ha sido un eje muy importante en la construcción del pensamiento social y antropológico” (Esteban, 2004, p. 20).

Desde esta perspectiva, me interesa referirme a las manifestaciones desde mi posición como académico y participante de las mismas, lo cual implica un esfuerzo por explicitar desde donde estoy investigando y escribiendo, y cuales son los elementos que fundamentan mi mirada. Como sostiene Guash (2002):

“La situación social del observador condiciona aquello que mira y aquello que ve. Sin embargo, en la medida que el observador reconoce y hace explícita cual es su posición social, la subjetividad queda, si no controlada, al menos matizada” (Guash, 2002: 11).

## II. Algunos apuntes teóricos sobre la manifestación como forma de movilización en la ciudad

La idea de ocupar la calle está intrínsecamente ligada a la idea de manifestarse. Para Cruces (1998a), manifestarse en el espacio público es una forma de ritual civil propio de las sociedades modernas cuya razón de ser es:

“Integrar las acciones de la multitud de modo tal que el mero “desorden” se transforme en “demanda” –es decir un mensaje políticamente procesable dentro de la esfera pública. Hacer marchas es un modo prefijado de incorporarse al imaginario político moderno, de ejercer en forma simbólica la ciudadanía y de expresar valores cívicos.” (Cruces, 1998a: 34).

Siguiendo a Delgado (2007), podemos considerar la manifestación como una forma particular de estar y desplazarse en la ciudad. Este autor inscribe la manifestación, al igual que la fiesta urbana y la procesión religiosa dentro de una misma categoría, la de “movilización”. La movilización se distingue de la otra modalidad de moverse en la ciudad, que es la movilidad. En estas dos modalidades de movimiento, la primera tiene un carácter difuso, disperso y molecular, estando conformado por una masa de sujetos aislados o en pequeños grupos (familia, amigos, etc.). En el segundo caso, el peatón se transforma, junto a otros, en un sujeto colectivo que se apropia de los espacios urbanos para poner en escenas ciertas dramaturgias colectivas,

“Las movilizaciones están protagonizadas por grupos humanos más o menos numerosos que no son un simple agregado de personas individuales. Si los movimientos asumen una naturaleza eminentemente molecular, las movilizaciones son, por definición, de carácter molar. Son fusiones, pero no fusiones estabilizadas y claramente delimitadas, a la manera como se supone que pasa con las comunidades tradicionales, sino fusiones que se organizan a partir de una coincidencia provisional que puede ser afectual, psicológica, ideológica o de cualquier tipo, pero que no dura más allá del momento preciso en que se produce y sólo mientras se produce” (Delgado 2007, p. 157).

En este sentido las movilizaciones tendrían un carácter necesariamente efímero y circunscrito a contextos determinados y temporalmente acotados:

“Estamos hablando de configuraciones de individuos que se reúnen en un mismo punto, en un mismo momento, para hacer unas mismas cosas, en principio de la misma manera o de manera parecida y con un objetivo idéntico o parecido; acciones licuadas en sentimientos u opiniones compartidas, y que se disuelven al poco tiempo – restableciendo la naturaleza dispersa de la vida social en el espacio público –una vez consideran cumplida su misión o, en ocasiones, dispersadas violentamente por las llamadas fuerzas de orden público” (Delgado, 2007: 157).

Una de las formas de movilización más característica es la transgresión de la división funcional entre calle y vereda, donde la primera pasa a ser un lugar de tránsito peatonal masivo que interrumpe y trastorna el flujo vehicular,

“Es como si entendiesen que el lugar que les corresponde, el espacio a ocupar es la calzada, esto es, el espacio destinado a los automóviles, de pronto

considerados como intrusos, indeseables que hay que suprimir o mantener a raya” (Delgado, 2007: 162).

Esta transgresión es propia de la fiesta y de las manifestaciones, donde la primera gira en torno al carácter festivo de una ocasión mientras que las manifestaciones se orientan a la expresión de descontento y rechazo frente a una situación particular:

“La voluntad de los manifestantes, a diferencia de quienes participan en un acto festivo tradicional, no es precisamente hacer el elogio de lo socialmente dado, sino modificar un estado de cosas. En este sentido, la manifestación no glosa dramáticamente las condiciones del presente para acatarlas, sino para impugnarlas del todo o en algunos de sus aspectos, y por ello se convierte en uno de los instrumentos predilectos de los llamados movimientos sociales, es decir corrientes de acción social concertadas para incidir sobre la realidad y transformarla” (Delgado, 2007: 167).

Sin embargo, aún teniendo objetivos diferentes, no se puede establecer una diferencia taxativa entre manifestación y fiesta urbana, ya que muchas veces la primera recurre a formas de uso del espacio propias de la segunda; lo que Cruces (1998b) llama formas festivas de manifestarse que incluyen música, danza, disfraces, juegos y acciones artísticas y teatrales. En ambos casos se produce una alteración temporal de la vida cotidiana, lo que implica ciertas transformaciones espaciales:

“Una transformación visual y acústica del espacio por el que circulan, un abigarramiento especial, una ornamentación deliberadamente espectacular y un conjunto de sonidos, músicas y ruidos que no son los habituales de la calle” (Delgado, 2007: 168).

Delgado (2007) entiende la fiesta como una actividad pública que se desarrolla en espacios abiertos y que altera la cotidianidad habitual. Muchas de estas fiestas tienen el formato de desplazamiento por la ciudad, como desfiles, procesiones y otros. Este desplazamiento, propio de la apropiación festiva del espacio urbano, comporta una cartografía que conlleva una cierta representación de la ciudad, por lo que los lugares por donde se circula, se detiene y culmina el desplazamiento, tienen un valor simbólico. Por su parte, en la manifestación política, las personas que apoyan o se oponen a la administración política u otra instancia de poder se expresan en el espacio público,

“Este espacio público deviene, así, en efecto, público, en el sentido ilustrado del término, es decir en espacio de y para la publicidad en que personas que se presumen racionales, libres e iguales se visibilizan para proclamar – individualmente o asociados con otros, a veces sólo para la ocasión – su verdad con relación a temas que los conciernen” (Delgado, 2007: 164).

En las sociedades democráticas, las instancias de gobierno ceden parte de su monopolio administrativo sobre el espacio público para permitir la expresión pacífica de sectores sociales en conflicto. Sin embargo, lo que suele imperar es la visión normalizadora respecto de los usos del espacio público, el cual debe ser utilizado para los fines previstos. “Cualquier otro usufructo de la calle es sistemáticamente contemplado como peligroso y sometible a estrecha fiscalización y, eventualmente, a prohibición o disolución violenta” (Delgado 2007, p. 165).

### III. El 2011 como el año en que la ciudadanía chilena regresa masivamente a las calles

La primera señal del actual ciclo de indignación masiva en Chile se dio el viernes 13 de mayo. Ese día me encontraba haciendo clases de metodologías de investigación en horario vespertino, cuando en una pausa uno de los estudiantes me dice que la manifestación convocada para protestar contra la instalación una central hidroeléctrica en el sur de Chile estaba reunido a más de treinta mil personas. Al otro día vería en las noticias que la masividad de manifestantes marcaba un hito en el uso político del espacio público de las dos últimas décadas.

En los mismo días comenzaban a desarrollarse manifestaciones estudiantiles que fueron adquiriendo rápidamente una altísimo nivel de convocatoria e impacto público, impensable tan solo unos meses antes. Al poco tiempo ya no fueron manifestaciones exclusivamente estudiantiles sino de diversos actores sociales implicados en la problemática de la educación, las cuales mantuvieron una frecuencia prácticamente semanal. A mitad de junio, la prensa estimada que cada manifestación estaba convocada entre 200 y 400 mil personas en todo Chile.

En este marco, los académicos fueron haciéndose parte activa de las manifestaciones, las que fueron repitiéndose durante varios meses. Recién en el mes de octubre el nivel de agitación y movilización tendería a descender, para luego volver en marzo del 2012, aunque no con la misma fuerza que el año anterior, aun cuando se han mantenido niveles de asistencia que siguen siendo considerados muy altos. Cualquier manifestación estudiantil sigue convocando a varias decenas de miles de personas, aún cuando esta cifra pueda subir o bajar según las circunstancias.

Asistí a varias de esas marchas. En algunas ocasiones participé como académico, junto con otros académicos de la Universidad, mientras que en otras ocasiones fui solo, con el objetivo de tener mayor movilidad y así poder hacerme una idea más precisa y exhaustiva de cómo se desarrollaban estas marchas. Ya tenía bastante experiencia de observación de tipo etnográfica estudiando diferentes marchas y otras formas de ocupación del espacio público, y lo novedoso de lo que estaba sucediendo se había ido convirtiendo en una tentación irresistible, tanto desde mi adscripción política a los postulados del movimientos estudiantil como en términos del fenómeno social de ocupación política del espacio público, fenómeno que he investigado desde hace ya varios años y que constituye uno de mis mayores focos de interés académico.

Las marchas estudiantiles del 2011 y 2012 (me concentraré en estas, pese a que no han sido las únicas estos dos últimos años, debido a mi mayor involucramiento personal y académico en ellas) han recogido la tradición de manifestación política propia de las últimas décadas, cuyas características principales son realizarse en el centro de la ciudad, comenzar y terminar en hitos urbanos significativos, recorrer amplias distancias, desarrollar rituales de visibilización y frecuentemente derivar en enfrentamientos entre los sectores más radicales y las fuerzas policiales. Es importante precisar que las manifestaciones de movimiento estudiantil fueron importantes en dictadura y luego han tenido momentos de mayor auge, siendo la llamada Revolución Pingüina del 2006 el último hito importante que de alguna forma es el precedente más directo de las manifestaciones actuales. La Revolución Pingüina fue una revuelta estudiantil de los estudiantes de enseñanza media, quienes realizaron un gran cantidad de marchas y tomas de establecimientos educacionales, y que contó con un apoyo ciudadano importante, así como una cobertura mediática particularmente intensiva.

Actualmente, los rituales tradicionales de visibilización en el espacio público como llevar banderas, lienzos y pancartas, gritar consignas y distribuir panfletos y volantes, se han visto complementados por rituales menos comunes como las acciones artísticas y teatrales, la presencia de grupos de baile y música, el uso de disfraces o de intervenciones corporales como el desnudo parcial, entre otros.

Junto con darle un carácter diferente a las tradicionales, donde se combinan el descontento con el humor, estos otros rituales han contribuido de forma importante a la aprobación ciudadana de las manifestaciones, lo cual no solamente se debe a la identificación de la opinión pública con las demandas del movimiento estudiantil sino también con las formas de manifestarse que este movimiento ha adoptado. De hecho los momentos de mayor declive del apoyo ciudadano ha estado ligado a la prevalencia (real o mediática) de los hechos de violencia ocurridos en algunas de las manifestaciones.

Creo que la experiencia autoetnográfica que me marcó definitivamente y me hizo pensar que estábamos realmente frente a un fenómeno de nuevo tipo fue cuando, en una de las marchas más masivas, me propuse recorrerla entera, desde su comienzo hasta su final. Para eso, tomé el metro y me bajé dos estaciones antes del punto de encuentro, de modo de poder caminar hasta el comienzo de la marcha (el cual generalmente es posible identificar por ser el lugar donde se ubican los dirigentes con algún lienzo de importante tamaño). Grande fue mi sorpresa cuando al salir de metro me encontré con cientos de personas, moviéndose en distintas direcciones o simplemente esperando en el lugar. Comencé a caminar hacia el lugar de la convocatoria, preguntando por el principio de la marcha. Nadie supo indicarme donde estaba el comienzo, y después de caminar y constatar que la gente comenzaba a desplazarse en dirección al lugar de llegada de la manifestación, asumí que la marcha no tenía un comienzo claro y que la cantidad de gente que había llegado a participar había rebasado los límites espaciales de lo que todos entendíamos como el “comienzo” de la marcha. Mientras los manifestantes marchaban, me dediqué a caminar en sentido contrario, de modo de poder encontrar, al menos, el final de marcha. Después de caminar por casi una hora y cruzarme con miles de personas, llegué hasta “el final” de la marcha. Si bien era posible ver que ya no había gente marchando, el lugar estaba lleno de gente sentada, conversando o mostrando sus lienzos y pancartas. Después de quedarme cerca de media hora en el lugar y constatar que manifestarse implicaba para mucha gente no solamente marchar sino ocupar de modo estático el espacio público, decidí volver a la marcha, lo cual logré hacer en poco tiempo ya que el avance de la misma era sumamente lento debido a la cantidad de gente.

Como mucha gente lleva dispositivos electrónicos de diverso tipo, empezó a circular la información que el “comienzo” de la marcha había llegado a las cercanías del palacio presidencial y que ya se estaban registrando los primeros enfrentamientos entre manifestantes y fuerzas policiales. Mucha gente continuó marchando, mientras que otros ya comenzaban a retirarse, lo cual también hice, debido al cansancio y a mi interés de quedar atrapado en los combates callejeros que generalmente se diseminaban por amplios sectores del centro de la ciudad. En mi experiencia y en la información que transmitían los medios de comunicación, la violencia de la represión policial y el carácter indiscriminado de la acción de las fuerzas policiales hacía poco aconsejable mantenerse en el sector. Pese a esto, me llamó la atención que una cantidad importante de manifestaciones, claramente no asociados a los sectores más radicales que solían enfrentarse a la policía, optando por mantenerse en la manifestación, a riesgo de verse impactado por los enfrentamientos. Para mucha de la gente que participa de estas manifestaciones, el derecho a ocupar las calles es un derecho que la ciudadanía se ha ganado en estos meses y que busca ejercerse hasta sus últimas consecuencias. Así, no es poco frecuente ver cómo manifestantes pacíficos son mojados por los carros lanza-agua y alcanzados por los gases lacrimógenos, y muchos de ellos, en vez de arrancar o resguardarse, mantienen su posición y la defienden hasta que se hace insostenible permanecer en el lugar por más tiempo.

Otro hito de las manifestaciones que me hizo pensar en el profundo impacto que estaban teniendo en la sociedad fue el cacerolazo del 04 de agosto. Ese día, la manifestación estudiantil fue violenta y masivamente por las fuerzas policiales, frente a lo cual uno de los dirigentes del movimiento llamó a cacerolear a las 21:00. El cacerolazo fue una de las más importantes formas de protesta desarrolladas contra la dictadura, consistiendo en hacer sonar



cacerolas y otros artefactos domésticos de modo de expresar pacíficamente el descontento a través del ruido en los diferentes barrios de la ciudad. Este cacerolazo fue el primero desde el regreso de la dictadura (después de este hito se ha vuelto a realizar en algunas ocasiones) y fue muy masivo y generalizado a distintos sectores urbanos. Esto mostraba que no solamente un sector específico de la sociedad se estaba expresando en el conflicto (los actores sociales vinculados a las problemáticas educacionales) sino la sociedad en su conjunto. Ese día, pleno invierno en Chile, salí con mi hijo en cacerolear, con cierta timidez y dudas sobre el resultado de la acción, pero me encontré con la sorpresa de que una cantidad importante de vecinos estaban haciendo lo mismo. Estuvimos un par de horas en las calles, haciendo todo el ruido posible, el cual se amplificaba por los bocinazos de la gran cantidad de personas vehículos que expresaban de esa forma su apoyo a la manifestación. No cabe duda en encontrarse con otros en una situación como la descrito generó un profundo impacto ciudadano, el cual fue destacado por todos los medios de prensa así como por los dirigentes estudiantiles. La violenta represión policial se había convertido en una derrota política de magnitud para el gobierno.

Tal como señalaba anteriormente, el conflicto estudiantil se extendió por varios meses durante el año 2011 y ha continuado el año 2012, aunque con menor intensidad. Cabe destacar que en este periodo, manifestaciones de otros sectores como la marcha del Orgullo Gay (llamada actualmente de la Diversidad Sexual), las protestas regionalistas en ciertas zonas del país y otras han ampliado sus convocatorias, lo que hace pensar que las demandas estudiantiles han creado un ambiente ciudadano de mayor involucramiento en distintas temáticas conflictivas de la sociedad chilena. En términos de la mi experiencia autoetnográfica, las manifestaciones en general y las marchas en particularmente se han convertido en instancias que ya tienen su lugar en la agenda ciudadana y académica de profesores y estudiantes, al menos en las universidades con mayor nivel de participación, donde la Universidad de Chile sin duda tiene un lugar destacado.

Resulta difícil establecer un cierre de la experiencia autoetnográfica en la medida que dicha experiencia sigue ocurriendo. A la fecha de la elaboración de este artículo, queda cerca de un mes para las elecciones de autoridades municipales y las manifestaciones siguen un curso que nadie es capaz de dilucidar qué caminos podrán tomar. Algunos sectores se han propuesto boicotear el proceso electoral, mientras que otros sectores se han involucrados en el respaldo a candidatos que de alguna forma expresan la indignación revisada en este trabajo, aún cuando el descrédito a las formas más institucionales de participación política es sumamente alto.

#### **IV. Conclusiones**

Más que asumir una postura, ya sea favorable al mantenimiento del orden público o su alteración significativa, en el marco actual de resurgimiento de la protesta ciudadana (Mayol y Azócar 2011, Mayol 2012) la reflexión debiera orientarse a problematizar la relación existente entre la ciudadanía y el sistema político. Esta relación ha sido definida en el contexto actual como altamente problemática, tanto por la falta de representatividad del sistema político respecto de las necesidades ciudadanas, como por la generalización de un malestar con las políticas de los últimos años (Mayol 2012).

Como proponen Mayol y Azócar (2011), las expresiones del malestar ciudadano dependen de manera importante de la capacidad política de dar respuestas institucionales a dicho malestar. Y las manifestaciones del 2011 le han agregado urgencia a esta situación, debido a la creciente politización ciudadana. Para estos autores, en relación a estas manifestaciones, "lo fundamental ha sido la caída del cobijo simbólico de los ciudadanos en las instituciones" (Mayol y Azócar (2011, p. 172). Es decir que las instituciones políticas, al ser incapaces de dar cuenta de las necesidades ciudadanas, se han visto superadas por la acción ciudadana

en las calles, la cual sin duda muchas veces se desarrolla de forma inorgánica y violenta.

Siguiendo a Mouffe (1999, 2005), las manifestaciones remiten tanto a ciertas racionalidades políticas como a dimensiones vinculadas a los afectos y las pasiones. Para esta autora la cuestión es relevante es cómo vehicular dichas racionalidades y pasiones en un marco que preserve los principios básicos del ordenamiento democrático. Para Cruces (1998b), este marco puede desarrollarse en la medida que exista lo que él llama un mínimo común. Debido a la pluralidad de necesidades y aspiraciones que se expresan en el espacio público, no es posible pensar en un bien común de carácter homogéneo e universal, sino más bien de un elemento mínimo que permita reunir a la ciudadanía desde su pluralidad.

En palabras de Cruces (1998b. p. 244) “Ciudadano no es ya lo que tiene que ver con la pertenencia cultural y política, sino con la posibilidad de compartir un mismo espacio”. Como señala Cruces (1998b) las manifestaciones actuales en el espacio público suponen una nueva forma de entender lo común en la cual se tiende a reemplazar la noción tradicional de “bien común”, entendida como elementos que benefician a todos los miembros de una sociedad (y por lo tanto de carácter uniforme), por una noción más centrada en el respeto a la diferencia y lo particular. El autor reconoce la creciente fragmentación de los actores sociales que se manifiestan en el espacio público, pero al mismo tiempo sostiene que ese respeto se constituye en una suerte de bien común que los reúne y articula. En este sentido, si bien las demandas estudiantiles atañen a un sector de la población, los estudiantes principalmente, también involucran a sus familias y a la sociedad en general en términos del modelo de desarrollo que implica un determinado sistema educacional. Es por esto que puede considerarse que dichas manifestaciones han contribuido a un fortalecimiento de la acción ciudadana. Como señala Mayol (2012) en relación a las manifestaciones estudiantiles del 2011:

“Es la polis que renace, la simple política de toda la vida, la que apela a la coordinación y el conflicto, la que asume las dificultades y las oportunidades de la vida en su conjunto. Nuestra transición redujo la política a los palacios y a las políticas públicas [...] Durante todo este tiempo, la dimensión de la ciudadanía estaba postergada, la polis había sido suspendida. El movimiento estudiantil reactivó la política, entregó oxígeno y sangre a una sociedad que habitaba una democracia dañada. La mayor parte de los chilenos consideraba que no se había avanzando en democratizar Chile” (Mayo, 2012: 88).

En este proceso, la ocupación política de las calles ha jugado un papel fundamental, en la medida que es ahí donde no solamente se han expresado las demandas del movimiento estudiantil, sino que se ha re-creado un tipo de ciudadanía más activa y comprometida. Como señala Delgado (2007: 260), “a pesar de las exclusiones y las vigilancias que la afectan, la vida en la calle es el proscenio natural para la emancipación, la redefinición y el cambio”. Como señala Borja (2003):

“La ciudad nos hace libre si podemos acceder a las teóricas libertades urbanas. Por ello debe cumplirse condiciones mínimas de organización física e institucional. Las alamedas por donde transitaran hombres y mujeres libres e iguales que anunciaba Salvador Allende en su último mensaje son una metáfora, pero también una realidad física [...] La ciudad es el lugar del cambio histórico, de su materialización, el lugar de la manifestación con o contra el poder, de conquista de derechos. Todas las revoluciones democráticas se vinculan a la conquista del espacio público ciudadano por parte de las mayorías populares” (Borja, 2003: 33).

Los acontecimientos del 2011 y del 2012 y las manifestaciones conmemorativas como antecedente de estas formas de ocupar políticamente a la ciudad indican que las pugnas por el espacio público están lejos de apaciguarse y por lo tanto los conocimientos disciplinarios relativos a las ciudades y sus usos requieren aportar a la comprensión de estos fenómenos bajo la mirada ciudadana y libertaria que siempre ha sido propia del espíritu del espacio urbano. Refiriéndose a las manifestaciones ciudadanas en el espacio público y sus posibilidades, Manuel Delgado planteaba hace algunos años que es en este espacio:

“donde se van a registrar –seguro- nuevos pasos en pos de la conquista de una ciudadanía sin excepciones, entendiendo ciudadanía no como una entidad pasiva, sino como un tema central de y para una práctica incansable e infinita en aras de la igualdad, como estrategia hacia una democracia furiosa y como argumento inagotable para la desobediencia” (Delgado, 2007: 261).

Esto implica un desafío para la investigación social, y la investigación de tipo autoetnográfica, donde el involucramiento del investigador se desarrolla al mismo tiempo que su involucramiento como actor social inmerso en los fenómenos que investiga. Esta forma de acercarse a la producción del conocimiento científico no está exento de críticas y cuestionamientos. Para Esteban (2003), las críticas a la autoetnografía, que la consideran como excesivamente personalizada y centrada en la experiencia, son parte del paternalismo y moralismo de ciertas perspectivas en ciencias sociales, desde las cuales se sanciona lo que es una interpretación adecuada de los hechos y lo que se puede y no se puede contar. En oposición a esta postura, plantea que “en la autoetnografía, informante e investigador en una misma persona reivindican su derecho a hablar hasta las últimas consecuencias” (Esteban, 2003: 21), lo que implica rescatar la dimensión cultural y política de la propia experiencia, conectando lo individual y lo local con lo colectivo y lo global.

## Bibliografía

BORJA, Jordi

2003 *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza Editorial.

CRUCES, Francisco

1998a “El ritual de la protesta en las marchas urbanas”, en García Canclini (ed), *Cultura y Comunicación en Ciudad de México*. México DF: Grijalbo.

1998b *Las transformaciones de lo público. Imágenes de protesta en la ciudad de México*. Perfiles Latinoamericanos núm. 12, pp. 227-256, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales México.

DEL CAMPO, Alicia

2004 *Teatralidades de la memoria: rituales de la reconciliación en el Chile de la transición*. Santiago de Chile: Mosquito Comunicaciones.

DELGADO, Manuel

2007 *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Editorial Anagrama.

DENZIN, Norman y LINCOLN, Ivonna

2000 “The Discipline and the Practice of Qualitative Research”, en *Handbook of Qualitative Research*, Denzin, Norman e Lincoln, Ivonna Eds. Sage.

ESTEBAN, Mari Luz

2004 *Antropología encarnada. Antropología desde una misma*. Papeles del CEIC, nº12, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://ehu.es/CEIC/papeles/12.pdf>.

- FERNÁNDEZ, Pablo  
1994 *La Psicología colectiva, un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos-Colegio de Michoacán.
- GUASH, Oscar  
1996 *Observación Participante*. Madrid: CIS.
- MAYOL, Alberto  
2012 *El derrumbe del modelo*. Santiago de Chile: LOM.
- MAYOL, Alberto y AZÓCAR, Carla  
2011 “Politización del malestar, movilización social y transformación ideológica: el caso Chile 2011”, en *Revista Polis*, 10, 30:163-184.
- MOUFFE, Chantal  
1999 *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.  
2005 “Política y pasiones: las apuestas de la democracia”. En Arfuch, Leonor (Comp.), “Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias”. Buenos Aires: Paidós.
- MOULIAN, Tomás  
1997 *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM-ARCIS.
- OPAZO, Daniel  
2009 *Espacio transitorio. Producción, prácticas y representaciones del espacio público político en Santiago de Chile: 1983-2008*. Tesis para optar al grado de Doctor. Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- REED-DANAHAYS, Deborah  
1997 *Auto/Ethnography. Rewriting the self and the social*. Berg Editorial. New York: USA.
- ROITMAN, M.  
2011 *Los indignados: el retorno de la política*. Diario La Vanguardia, disponible en: <http://www.vanguardia.com.mx/losindignadoselretornodelapolitica-1108798.html>